



FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA, CICLO B

Fr. David Rosenberg

<http://HopeCrossingMinistries.com>

«El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.». Lu 2:40

Nuestro Evangelio de esta semana para la Sagrada Familia es el cumplimiento del profeta Samuel, recogido en el libro de 1 Samuel del Antiguo Testamento. Lucas también incluye sus temas del cumplimiento, el universalismo, la importancia de la mujer, el ministerio del testimonio y el rechazo y el sufrimiento que conllevará la venida de Cristo.

José y María viajan al templo para cumplir los requisitos de la Ley, en particular dos costumbres: la purificación de la madre y la redención del primogénito. Jesús es llevado al Templo de Jerusalén. En el Evangelio de Lucas, Jesús volverá a Jerusalén a los doce años, "La pérdida del niño, Jesús, en el Templo" (ver Lucas 2:41-51) y de nuevo en la narración de la Pasión (ver Lucas 22-23).

Cuando Jesús, María y José llegan al Templo, se encuentran con Simeón y Ana, dos ancianos que representan fielmente a los que han esperado al Mesías. Las palabras de Simeón constituyen el núcleo teológico del pasaje, rezado diariamente en la Oración Nocturna de la Liturgia de las Horas (véase Cántico de Simeón Lucas 2,29-32), donde Simeón proclama la importancia del nacimiento de Cristo. Luego habla del destino de Cristo, indicando el conflicto y el sufrimiento que marcarán su ministerio. Siglos más tarde, ésta se convertirá en la primera de las siete reflexiones centrales de Nuestra Señora de los Dolores. La profecía de Simeón: "He aquí que este niño está destinado a la caída y al levantamiento de muchos en Israel, y a ser un signo que será contradicho -y a ti mismo te atravesará una espada- para que se revelen los pensamientos de muchos corazones." Lucas 2:34-35

Reflejando la continua inclusión de las mujeres en el Evangelio, Lucas hace que Ana, la profetisa, se una a Simeón para reconocer al niño y alabar a Dios. También se convierte en la primera evangelista, hablando del niño "a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén."

Tras cumplir los requisitos de la Ley, María y José regresan con Jesús a Galilea. El versículo final describe a Jesús creciendo y aprendiendo, un recordatorio para nosotros de que es verdaderamente humano, como nosotros en todo menos en el pecado. El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría; y el favor de Dios era sobre él. Lucas 2:40

La presencia de la gracia es la realidad central de la Sagrada Familia, y se transmite a toda familia cristiana. El teólogo John Shea resume su pensamiento sobre esta fiesta de la Sagrada Familia, en una reflexión que nos vendrá bien meditar esta semana:

"La santidad de la familia no consiste en la perfección. Se trata de personas que viven en estrecha relación unas con otras, en el ministerio, y que disciernen las oportunidades para que florezca su santidad compartida. Los miembros de la familia deben estar alerta para cooperar con cada situación individual en términos de lo que ofrece. Cada uno debe confiar, mediante la afirmación diaria, en que su centro espiritual es capaz de contribuir a la vida que comparten como familia".

Esta es la pregunta que debe plantear a su familia

"¿Estamos dispuestos a actuar ante la llamada del Espíritu Santo para mejorar nuestra vida en común?".

¡Bendícenos, Señor!

Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Lucas

Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, ella y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y también para ofrecer, como dice la ley, un par de tórtolas o dos pichones.

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, varón justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; en él moraba el Espíritu Santo, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Movidó por el Espíritu, fue al templo, y cuando José y María entraban con el niño Jesús para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo:

“Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo,
según lo que me habías prometido,
porque mis ojos han visto a tu Salvador,
al que has preparado para bien de todos los pueblos;
luz que alumbra a las naciones
y gloria de tu pueblo, Israel”.

El padre y la madre del niño estaban admirados de semejantes palabras. Simeón los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: “Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma”.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada y tenía ya ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.

El Evangelio del Señor.

Te alabamos, Cristo Señor.